

El comportamiento exteriorizado del hombre en Séneca

1. ACIERTO Y ERROR

El hombre si quiere hacer honor a la dignidad de la persona debe adoptar un comportamiento determinado, una conducta específicamente humana. Séneca distingue claramente entre dos puntos de vista: el que se refiere a la perfección del espíritu humano, a las cualidades que éste posee o adquiere, a los distintos grados de perfección, y el que apunta al acierto de la vida, considerada como una totalidad. Este segundo punto de vista es imprescindible; de lo contrario todo esfuerzo será baldío.

Ahora bien, el acierto o el error es algo que debe encontrarlo cada hombre. La vida es una realidad que recibimos incompleta, es un camino que cada uno debemos recorrer. El acierto del hombre está en los objetos que contemple. Nadie está obligado a seguir una conducta determinada; ante los problemas que se nos plantean cada uno puede dar una solución diferente. La enfermedad, la pobreza, la muerte, por ejemplo, no significa lo mismo para todos, para uno es algo insoportable, para otro es llevadero, y para un tercero ni siquiera resultan amenazas. La circunstancia es la misma, lo que cambia es la actitud.

El hombre, con el ser, recibe la obligación metafísica de concretarlo, de determinarlo, pero en este completarse del hombre a sí mismo caben dos soluciones: o la adquisición

de un modo de ser totalitario, permanente absoluto, de auto-posesión, o, modos relativos, fragmentarios. No conseguir lo primero significa la privación de una entidad que el hombre debe ganarse.

El ideal de vida, que preconiza Séneca, aparece claro en un párrafo del Tratado sobre la Tranquilidad: «Nadie me usurpe un solo día, puesto que no me ha de dar compensación equivalente a tamaño dispendio; agárrese el espíritu a sí mismo; recréese en su propia posesión, no se embarque en negocios ajenos, en nada se le someta a juicio de otro; exento de preocupaciones públicas y privadas, complácese en su propia tranquilidad»¹. Semejante autarquía es aconsejada por Séneca a Sereno. Pertenecerse a sí mismo constituye el objetivo de todo quehacer humano, promovándose hasta alcanzar su perfección existencial. La búsqueda de tal perfección sería el destino radical del hombre.

Los conceptos, señalados más arriba, de errar y acertar suponen dos tipos de existencia diametralmente opuesta: la existencia errada es exteriorizada, perdida, sin rebasar la esfera de los objetos. Hay acierto, cuando la existencia se hace interiorizada y el hombre sin prescindir, sin renunciar a lo externo, pero sí, sin necesidad de lo que no depende de él, se hace dueño de sí mismo.

2. VIDA EXTERIOR: DESORDENES Y CONSECUENCIAS

La vida exterior acontece cuando el hombre solicitado por el brillo exterior deja de atender el espíritu, de modo que se acentúa desorbitadamente lo objetivo. Su intimidad se dispersa, el centro de gravedad se desplaza hacia afuera y el vivir deja de ser personal. Sus notas características son: huir de sí, estar en lo otro, extraviarse en proyectos múltiples, sin visos de continuidad; en cada momento la vida comienza de nuevo, perdiéndose en nuevas formas que tra-

¹ *De Tranq.* II, 11.

tan de llenar el hueco insustituible de la ausencia de sí mismo; dejamos de ser dueños de nosotros mismos para quedar dominados por lo externo.

Creemos que Séneca al hacer el análisis de la existencia exteriorizada o derramada encuentra cuatro desórdenes en los que ha incurrido el hombre.

1. Supremacía del tener sobre el ser.
2. Presencia de la agitación en lugar del recogimiento.
3. Obediencia servil a la opinión.
4. Dominio del cuerpo sobre el alma.

2.1. *Supremacía del tener sobre el ser*

Es engañoso creer que el tener entraña perfeccionamiento del ser. Dar primacía al tener significa un desarrollo súbito y desmesurado del poder de las cosas sobre el hombre. Este no necesita de tantos artificios para vivir. La Naturaleza no fue hostil con él, habiendo dado a los animales medios de vida fáciles, no pudo portarse con el hombre de forma diferente; nada hemos de buscar a costa de lo que sea desposesión nuestra. En nosotros está conseguir todo lo que debemos por derecho de nacimiento, en la medida en que nuestros deseos cumplan un requisito: acomodarse a la necesidad. Pero ocurre que el lujo se apoderó del hombre y cada día le excita más a sí mismo; codicia lo superfluo y esto se convierte en costumbre, llegando a ser necesario aquello que antes era superfluo.

¿Esta conquista de las cosas, este reunir nuestras energías en lo exterior no indica un defecto interior? Aparece una fiebre constante del tener, síntoma de la consunción del ser; esta mezcla de avidez y saciedad, incapaz de disfrutar lo que tiene y sufriendo por todo lo que falta resulta un mal difícil de curar, pues se ha convertido en un deseo sin límites. La cadena de las codicias es interminable, a cada una nace otra, quedando atrapados en sus cadenas; nada nos satisface porque la prosperidad es codiciosa, no nos

basta, es ilimitada, nos sitúa aparentemente en lo alto, cumbre que nos sirve para caer con más estrépito.

Ocurre que, enloquecidos por un ritmo frenético, no escuchamos los consejos de la razón que, a quien quiere escucharla, le dirá: «deja por fin esas cosas tras cuya persecución corren los hombres; deja las riquezas que son para sus poseedores peligro o carga; deja los deleites que reblandecen y enervan; deja la ambición que es cosa tumefacta, vana, hueca, que no tiene límite ni tasa»². Estamos equivocados si pensamos que las riquezas son un bien, en ese caso «te atormentará la pobreza, y lo que es el colmo de la miseria, la pobreza imaginaria»³, por mucho que tengamos siempre parecerá que nos falta algo con tal de que alguien posea un poco más. Igual ocurre si a los honores consideramos un bien; cualquier honor conseguido por otro agujoneará nuestra envidia y será tan grande la demencia de la ambición que «te parecerá que no hay nadie detrás de ti, si uno solo estuviere delante»⁴.

Hombre rico es aquel a quien no le falta nada; es rico gracias a él y no a la Fortuna; no se trata de tener mucho, sino lo suficiente.

Séneca cree que este afán inmoderado de tener produce temor. El hombre está pendiente de sus posesiones y éstas se le escurren de la mano, no se disfruta al estar dominados por el ansia, pues el único objetivo es incrementarlo todo con algún aumento. El hombre hace cuentas, continuamente, de lo que tiene, de lo que le falta, de cómo conseguirlo y la consecuencia es clara: la pérdida de la libertad interior. El hombre deja de ser señor, dominador de lo externo y se hace esclavo de ello, los términos han cambiado. Esta manera de actuar pone en evidencia nuestra estupidez, pues adquirimos todo a costa de nosotros mismos, perdiendo el pudor, el tiempo y la libertad. Esto es la miseria del hombre

2 Ep. 84, 11.

3 Ep. 104, 9.

4 Ep. 104, 9.

dominado por el tener, haber perdido toda fuente de su ser; nada tiene menos valor que nosotros mismos y, por el contrario, el valor lo ponemos en las cosas del exterior.

La actitud del hombre que desea continuamente queda perfilada de la siguiente manera: se acalora, se acongoja miserablemente, desea cada vez más, mira unas veces a un lado, otras a otro, siempre le parece que alcanza demasiado tarde los «obsequios» que irritan su codicia; anda anhelante tras de ellos, se alborozaba si alcanza alguno, y lo que es el colofón final: se desposee a sí mismo. El consejo ofrecido por Séneca a los hombres que manifiestan tal comportamiento es tajante: «apartarse de esos juegos»⁵. Se hace necesario abandonar esos «bienes» colgados del aire porque, en definitiva, quien queda colgado del aire es el hombre. Séneca defiende que todo lo que excede de la naturaleza no es uso de necesidad sino de antojo. Si se tiene apetito se debe comer, pero la naturaleza no quiere que el vientre se deleite, sino que se satisfaga la necesidad, la norma del deseo es sencilla: «considera la finalidad de todas las cosas y dejarás todas las superfluidades»⁶.

El hombre así alienado no es dichoso: juega con los otros y consigo mismo la comedia de la dicha, se ha encadenado a los objetos. No piensa más que en el placer. Una especie de angustia difusa se apodera del hombre, apartado de sí mismo, atrapado por una llamada cualquiera impuesta desde fuera: cuando el hombre vuelve sobre sí, siente temor de este tiempo rápido que se derrama en él, porque no tiene resortes en su interior para llenarlo.

2.2. *Presencia de la agitación en lugar del recogimiento*

El desequilibrio entre el ser y el tener se traduce en la agitación. El hombre está condenado a buscar fuera lo que no encuentra dentro. Sólo el alma sosegada «puede afincar-

5 Ep. 74, 9.

6 Ep. 119, 10.

se en un lugar y habitar consigo mismo»⁷. Al hombre que no sabe a dónde va, todos los caminos le valen; vive en continua fluctuación, abraza una cosa tras otra, deja las cosas buscadas, vuelve a buscar lo que busca y alterna en perpetuo vaivén la pasión y el arrepentimiento. La acción se justifica por la acción, el movimiento justifica el fin de sí mismo y el hombre no se encuentra en ningún lugar, «en ninguna parte está quien está en todas»⁸. La locura de la rapidez reemplaza la atracción del objetivo, cualquier camino es bueno para saciar sus deseos y, aún más, llegan a obligarse a acciones poco honestas y difíciles y, por último, si no consiguen lo que se proponían, «duélnense no de haber querido el mal, sino de haberlo querido en vano»⁹. Se elige la misma trepidación sin finalidad; los hombres se acostumburan a andar de un lado a otro. En muchas ocasiones no saben bien el motivo de su salida de casa, si alguien les preguntara el porqué no darían una respuesta concreta; «divagan sin determinación, buscando ocupaciones, y no cumpliendo nunca las que se habían propuesto, sino aquellas que primeramente se le ofrecieron; su paseo es vano y sin fruto, como el de las hormigas trepando por el tronco suben al cogollo más alto de los árboles y en seguida vuelven a bajar vacías»¹⁰.

Esta agitación se fija en la cantidad, ir más deprisa, más lejos, haber hecho o visto más cosas, ser más rico, etc., y sobre la novedad: sed de lo inédito, de lo extraordinario, de lo sensacional, sin mirar a la calidad intrínseca de los seres y de las cosas. Esta actitud desemboca en su decepción, en la medida en que se busca lo material, lo extrínseco. Séneca dice: «Mutantur, non in melius, sed in aliud». Y a esta fiebre eterna de novedad y de cambio, tan antigua como el hombre, se opone un remedio, también eterno: llegar al origen del desorden.

7 Ep. 2, 1.

8 Ibid.

9 *De tranq.* II, 7.

10 *De tranq.* XII, 2.

La raíz del problema es que el hombre va siguiéndose a sí mismo, y el mal no es, precisamente, extrínseco. El mal está dentro de nosotros, ese es el motivo por el cual no sanamos. La agitación no mejora la angustia de un alma desposeída. Ese es el motivo por el que los cambios de lugar no les aprovechan, lo que importa no es el lugar a donde se va sino quién es el que va. «Si lo que pretendo es vivir bien, cualquier lugar es bueno; en su caso contrario, ninguno es conveniente»¹¹. Vemos cómo la actividad por sí misma no es fecunda, necesita un acierto previo, una delimitación precisa de objetivos para que resulte fructífera.

2.3. *El vulgo*

Los males del hombre son agrandados y multiplicados por las pasiones sociales, por el influjo del vulgo. La masa tiene unos caracteres que permiten reconocerla con claridad; queda deslumbrada por las riquezas fácilmente; el gozo que busca depende de cosas adventicias, de ahí su efímera duración; por el contrario, el gozo duradero emana de uno mismo y nos acompaña hasta el fin. Al vulgo seduce la apariencia y superficie de las cosas y ello le lleva a anhelar una aparente felicidad.

Las consecuencias de la masa en quien se deja arrastrar, rápidamente, se hacen visibles, cambia el temple moral de quien la sigue. El mimetismo social, la docilidad a la opinión, son los perjuicios que nos aporta la relación con la masa. La mirada del hombre desde la multitud no es más que un reflejo de su voz, no es más que un eco. En lugar de ser gobernados por la razón, nos dejamos llevar por la rutina. Aquello, que si lo hicieran pocos no lo imitaríamos, cuando lo realizan muchos lo hacemos, como si el hecho de ser más frecuente lo convirtiese en más honesto. Lo hecho por todos se erige en valor, la muchedumbre detenta, por el solo hecho de ser masa, la verdad y el bien. Séneca nos

11 Ep. 28, 5.

dice que éstas (verdad y bien) residen en el interior del alma, donde no alcanza la opinión. Las preferencias de la masa deben sernos «a priori» sospechosas, precisamente, por ser de la masa. Esta yerra totalmente, pero no porque a cada hombre le falte la posibilidad de acertar, sino porque no la usa. La razón acompaña a todos los hombres, pero no su ejercicio, se prefiere creer a juzgar y así se perpetúa el error.

La postura que Séneca nos recomienda adoptar en relación a la masa es tajante: parecemos por el ejemplo ajeno; nos curamos si nos apartamos de la multitud. Lo mejor no es lo usual, esto es lo que aprueba el vulgo, pésimo intérprete de la verdad y en consecuencia, si seguimos al vulgo, «nuestra vida no se rige por la razón sino por el recuerdo»¹².

2.4. *Sobreestimación del cuerpo*

El amor excesivo al cuerpo supone, en cierta medida, una variante de la supremacía del tener sobre el ser. Séneca, en ningún momento, aconseja menospreciar el cuerpo, «yo confieso que hay en nosotros un amor innato a nuestro cuerpo, yo confieso que nos ha sido confiado en tutela. No niego que se le ha de tratar bien, pero sí niego que se le ha de servir»¹³. Este párrafo indica, claramente, la actitud que debemos adoptar: el cuidado del cuerpo es algo natural, merece nuestra atención. Sin embargo, es necesario poner un límite, estableciendo, de entrada, que las relaciones del cuerpo con el alma deben ser de subordinación del primero a la segunda. Lo cómodo en el hombre es dejar que el espíritu se rebaje hasta convertirse en servidor del cuerpo. Esto se debe a que el hombre ha invertido el orden de los valores. El espíritu se debilita, siendo los placeres y la comodidad del cuerpo quienes marcan la línea a seguir. A medida

¹² *De vita* I, 3.

¹³ Ep. 14, 1.

que el cubrir las necesidades corporales sea lo principal, el hombre cada vez queda más atado a lo externo.

3. EL TEMOR

La pérdida de la identidad personal, el quedar derramado hacia afuera, el trasiego continuo y la inquietud que se apodera del interior del hombre, se traducen en una irreflexión, y ésta desemboca en el temor, actitud propia del hombre exteriorizado, cuando se acerca a la realidad. Esta se le vuelve opaca, confusa y amenazante. El hombre irreflexivo teme más de lo debido, por un lado, porque son más las cosas que le atormentan que las que le suceden; por lo tanto, las teme sin razón, y, por otro, por temerlas más o antes de lo debido. El hombre que va deprisa, que está al dictado de los otros, no es capaz de distinguir si lo temido es verdaderamente objeto de temor o es algo admitido ciegamente, pues la mayoría de las veces sucumbe a la opinión y no examina las cosas que inducen al miedo. El hombre, para no estar en continua zozobra, debe poner freno a su fantasía, debe ser prudente, incluso temiendo; de lo contrario, las desventuras que le pueden ocurrir son tales que si se teme por todas, la vida sería una angustia continua. «Nos dejamos llevar, tememos lo dudoso como cierto; no observamos el natural comedimiento, inmediatamente lo sospechoso se trueca en temor»¹⁴. No se debe llamar a los males antes de que vengan y en el caso de estar ante un mal presente, se debe sopesar y ajustar a él el miedo, viendo que, o no es demasiado grave, o no es demasiado largo.

El hombre irreflexivo olvida de manera especial el temor de la muerte. Caben dos posturas diferentes. Una consiste en olvidarse de ella y vivir como si no fuera a morir nunca, con lo cual se propone ambiciosos planes, triunfos resonantes, sin darse cuenta de que en el momento más

¹⁴ Ep. 13, 8.

inoportuno le llega la muerte, sin haber reparado en ella. Si vida y muerte son dos términos inseparables, fácilmente puede deducirse la escasa relación que dichos términos, vida y muerte, mantienen entre sí, cuando el hombre ha vivido de espaldas a la muerte y ha aplazado para el futuro su tarea fundamental: el vivir hacia adentro, encontrando en sí mismo la raíz de la felicidad. La segunda actitud que puede adoptar este hombre irreflexivo es, por el contrario, pensar en la muerte, pero sin superar el temor que le causa, con lo cual intentará a cada paso pedir un nuevo plazo a la muerte.

El hombre que no reflexiona no acierta a resolver el tema de la muerte, presentada como problema no existente, cosa a todas luces incierta, o como amenaza continua que le lleva a exigir a la vida plazos que no le solucionan su problema. Ambas actitudes deben eliminarse; y debe ser fundamental que el hombre alcance ante la muerte una postura «razonable». Analizar qué entiende Séneca por una postura «razonable» ante la muerte nos llevaría a distinguir entre el Bien, el mal y los indiferentes, a conocer si la muerte es un bien o no y qué consigue el hombre aprendiendo a morir. Evidentemente no es nuestro propósito en este momento detenernos en todos estos aspectos que nos apartarían del tema que estamos tratando. Únicamente queremos señalar que el hombre irreflexivo no se enfrenta, adecuadamente, con un tema tan esencial como es el tema de la muerte.

4. EL TIEMPO EXTENSIVO

Sobre el concepto del tiempo en Séneca nos parece especialmente lúcida la tesis sostenida por el profesor Cerezo Galán¹⁵, quien distingue: el tiempo extenso, propio de una

¹⁵ Cerezo Galán, P., 'Tiempo y libertad en Séneca', en *Octava Semana Española de Filosofía* (C.S.I.C., Madrid 1966) p. 197 ss.

existencia derramada, huida de sí, y el tiempo intensivo, expresión de una existencia reflexiva, que no se pierde en lo otro, para quien cuenta únicamente la calidad del tiempo y no la cantidad. Nosotros coincidimos en sus apreciaciones, considerando (como él) que hay un paralelismo entre el proyecto de vida que elabora cada hombre y su concepto del tiempo. A una vida desplegada hacia afuera corresponde un tiempo, que es secuencia de instantes, fugaz, preocupado por el cuanto, de ahí el afán de retardar y prolongar la vida siempre insuficiente. Todo el tiempo vivido, por mucho que sea, parece poco, porque el tiempo que se le dio al hombre se le «escapa» rápidamente. El tiempo se le escapa porque no tiene conciencia de su valor. Ante este paso veloz del tiempo, la mayoría de los hombres se quejan, considerándolo insuficiente, excesivamente corto. Séneca responde a esta queja diciendo que el problema no está en la cantidad, sino en la manera de utilizarlo. La vida es larga si sabemos hacer buen uso de ella y «es harto espaciosa para quien la dispone bienamente»¹⁶. Lo que ocurre es que somos «manirrotos»¹⁷, no hacemos buen empleo de ella, la desperdiciamos en tareas inútiles o en la inercia, de ahí que vivimos poco, porque gran parte del tiempo no es vida. Obramos de esta manera debido a que «nadie se pertenece a sí mismo»¹⁸, estamos en lo otro, «nadie es para sí»¹⁹.

El hombre es avaro de todo, insaciable, todo le parece poco y de lo único que es pródigo es del tiempo, «único bien del que es honorable la avaricia»²⁰. Al hombre, con mucha facilidad, se le olvida su fragilidad, no tiene presente que en cualquier momento puede morir, y su vida debe tener un sentido, y vive como si tuviera que vivir siempre; no recapacita cuál es el tiempo transcurrido y se da la siguiente

16 *De brev.* I, 4.

17 *Ibid.*

18 *De brev.* II, 2.

19 *De brev.* II, 5.

20 *De brev.* III, 1.

situación: teme todo como mortal y desea como si nunca fuera a morir.

Este hombre atareado, exteriorizado, destina los desperdicios de su vida al cultivo de la cordura, empieza a vivir cabalmente cuando está a punto de morir; y así mil años que viva pueden ser pocos. Eso no es vivir, sino retardar la vida, la muerte no es que resulte tardía, sino prolongada. No se trata de morir viejo o joven, sino de vivir suficientemente. Esto demuestra que el tiempo que uno vive no es necesariamente igual al tiempo transcurrido. El hombre agobiado de quehaceres, se ocupa de todo, menos de vivir, precipita su vida y hastiado del presente es acuciado por el deseo de futuro, no aprovecha el presente y pone su afán en el futuro, sus deseos son continuos, igual que sus preguntas. ¿Cuándo llegará tal día?, ¿cuándo iré a tal sitio?

Séneca comprueba que se dan una serie de paradojas en el hombre malgastador del tiempo: por un lado, no valora el tiempo en su justo punto y, por otro, cuando se encuentra en una situación angustiosa lo primero que hace es pedir un plazo más de tiempo «tanto es la contradicción de sus sentimientos»²¹. Otra paradoja es que cualquier espera le resulta insoportable e interminable y, en cambio, el tiempo, el momento por el que suspira es breve y precipitado, por eso se traslada de un sitio a otro y no se detiene en ningún lugar.

A estos hombres la vida les resulta muy breve y agitada porque de las tres partes en que se divide el tiempo, se olvidan del pasado, descuidan el presente, dejándolo para más adelante, y temen el futuro y, cuando llegan al final de su vida comprenden que se afanaron por no hacer nada.

21 *De brev.* VIII, 2.

4. CARACTERES DEL HOMBRE EXTERIORIZADO

De los desórdenes analizados podemos deducir unas características que constituyen el diagnóstico del hombre exteriorizado, del hombre, que se ha olvidado de buscar su propio constitutivo.

El hombre volcado «ad extra» *busca el éxito*, si lo encuentra le decepciona y si no lo alcanza, el no conseguirlo lo desanima. En alguno, se da el remordimiento y la vergüenza por la propia conducta, pero sin tener valor para enfrentarse consigo mismo, reconociéndose y transformándose. En todos se asienta la inquietud, probando mil remedios; tal como hace el hombre enfermo, que cambia continuamente de postura, por estar molesto con todas ellas.

Es hombre con una sola obsesión «*el afán por el disfrute del placer sensible*», por la huida de lo molesto. ¿Cuál es el éxito de esta forma de vida? El propio descontento. La sucesión ininterrumpida de impresiones halagadoras, en viajes, proyectos, espectáculos, le producen la monotonía del placer, siempre lo mismo.

Es hombre «*acongojado*» por el día de mañana y desgraciado antes de que llegue la desgracia. Anda solícito para que las cosas le duren hasta el fin de su vida. Su excesiva solicitud le privan del sosiego, y pensando en el futuro, perderá lo que tiene en el presente, sin gozarlo.

Es hombre «*insaciable*». No es ya la pasión del deseo, sino que es un deseo que le impele a la diversión constante, a la búsqueda de nuevas posibilidades existenciales, y con ello a la pérdida de su unidad interior. El hombre huye de sí, definitivamente, porque al ser indefinida la dinámica del deseo, queda perdido buscando sus innumerables satisfacciones.

Es hombre «*intemperante*» para todo, desea que sus conquistas le duren siempre, que su felicidad sea perpetua, cosa que no puede darse, por no ser propio de las cosas

humanas; todo lo que le ocurre a un mortal es mortal, le recordará Séneca.

Es hombre «*irreflexivo*», dándose en él la paradoja de que teme más de la cuenta o vuelve la espalda para no sentir miedo.

Es hombre «*derramado*». Su vida se dirige hacia afuera, a lo otro que no es él. Esto no es vida, sí es des-vivirse, des-hacerse.

Es hombre «*esclavo*» del azar, guiado por el cambio, vencido por lo externo. Su fortuna se ha apoderado de él de forma global.

Y por último lo que resume todo este análisis es «un *hombre sin proyecto de vida*». Esta en cualquier momento, está vacía, está enajenada, enredada en proyectos parciales y continuos.

MARIA JOSE CRIADO DEL POZO